

Escrituras geológicas

Cristina Rivera Garza

reseñado por

Manuel R. Cuellar

The George Washington University

Rivera Garza, Cristina. *Escrituras geológicas*. Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2022. 206 pp. ISBN 978-84-9192-316-9

En su más reciente colección de ensayos, *Escrituras geológicas*, Cristina Rivera Garza nos invita a bregar con la materialidad de la memoria, los textos y el tiempo. Es decir, nos invita a replantearnos qué significa posicionarnos ante la escritura, la lectura y la palabra desde el cuerpo y, al hacerlo, cuestionar esa monumentalización de la presencia humana. Si bien en *Los muertos indóciles. Necroescritura y desapropiación* encontramos ante todo un llamado a la crítica y reflexión sobre el trabajo escritural en un contexto de violencia desbordada, en *Escrituras geológicas*, Rivera Garza nos replantea la práctica de la escritura como un ejercicio de curaduría, imaginación e incluso excavación de pasados siempre presentes. Vamos entonces de la desapropiación—de pensar en los procesos y mecanismos de inclusión de las voces de otros en la práctica escritural—a un proceso de excavación de “sedimentos textuales:” esos “papeles de archivo o de transcripción de entrevistas” tanto como el “material gráfico” o “notas de campo” y “documentos de segunda mano”. Dichos sedimentos textuales “no solo ponen de manifiesto la persistencia del pasado, su aglomeración en futuros que parten de nosotros ahora mismo, sino también el arduo, y muchas veces gozoso, proceso de investigación que sustenta toda escritura geológica” (14). Para Rivera Garza, esta tarea de “desedimentación” requiere entender los procesos y lógicas de “la vida social de la geología”, como lo propone la geógrafa Kathryn Yusoff, para poder dimensionar tanto el lenguaje como las prácticas de acumulación y racialización así como “la existencia material de una gramática imperial de violencia” (12, 23n.5), particularmente en este periodo de incesante colonización y crisis ecológica. Toda escritura geológica deviene, por ende, en un proceso de desedimentación. Y aquí Rivera Garza enfatiza con gran ahínco la temporalidad de dicha faena. La geología, nos dice la autora, “nos recuerda constantemente que somos tiempo” y que existimos siempre con relación a “un pasado que aconteció sin nosotros y un futuro que nos sobrevivirá” (12-13).

Escrituras geológicas se divide en dos partes donde Rivera Garza analiza una serie de trabajos creativos y críticos que incluyen a clásicos como José Revueltas, Elena Garro y Gloria Anzaldúa, así como obras más recientes de Gabriela Cabezón Cámara, Selva Almada y Balam Rodrigo al igual que su propio trabajo. El libro abre y cierra con una reflexión sobre el trabajo de escritura en torno a la violencia, el lenguaje desapropiado y el reclamo de justicia como operaciones de desedimentación marcadas por una temporalidad que también implica el deshabitar. Por ejemplo, al cerrar la colección de ensayos con una reflexión sobre su propio ejercicio crítico-creativo al escribir *El invencible verano de Liliana*, Rivera Garza insiste de manera contundente en la importancia de la imaginación, la cual, para la autora, “no es un atributo de la ficción, sino el rasgo intrínseco a toda práctica de escritura, es más: a toda práctica de lectura”. Más aún, afirma que “toda escritura es escritura de la imaginación. Se trata, por supuesto, de una imaginación acuerpada que nace, se complica o desfallece gracias a, o en contra de, los mismos vectores de poder que estructuran nuestras vidas” (185). Por ende, *El invencible verano de Liliana* surge no como literatura testimonial sino como “escritura documental” de “artefactos que quieren cuestionar y producir (producir porque cuestionan) presente contra el cerco individualista de la imaginación neoliberal” (187).

Es quizá el recorrido personal de un territorio político, material, cultural, transhistórico y lingüístico como un desplazamiento no separado del cuerpo lo que caracteriza esta serie de ensayos y lecturas crítico-creativas de Rivera Garza. Al presentarnos una antología que privilegia la materialidad, la imaginación y la curaduría ético-estética, el enfoque deja de estar en los orígenes para examinar los flujos y traslados que los producen, enfocándose así en la experiencia del proceso de desedimentación. Desedimentar implica deshabitar el cuerpo para aproximarse a otras formas de ser y estar en el mundo y de habitarlo a partir de otros—a partir de un nosotros que incluya también lo no humano. Al posicionarnos como lectores en ese espacio fronterizo, por ejemplo, Rivera Garza se vale de la obra de Lina Meruane para indagar sobre qué significa escribir “en migración;” es decir, entre la tensión de esa ausencia política y presencia ética: “Somos solo invitados sobre la superficie de una tierra que experimentamos en común” (172). Con la obra de Claudia Peña Claros nos exhorta también a descentrar esa perspectiva humana para admitir otros “puntos de vista de entidades orgánicas y no orgánicas” y nos lanza una interrogante clave en la obra: “¿cómo es posible identificar primero y compartir después la percepción o el conocimiento de los seres no humanos?” (92). Del mismo modo, al discutir el trabajo de César Calvo, nos invita a auscultar las “voces creaturales” de la Amazonía para re-dimensionar nuestra relación, aproximación y límites con seres no humanos (121-124). Para Rivera Garza como para José Revueltas, “los dramas de la tierra no [están] limitados a la especie humana (vida vs. muerte), sino que [involucran] también otras formas de vida (animales y plantas) e incluso, de no vida (las piedras, el suelo, los planetas)” (37). Y es que, como se puede entrever en esos sedimentos textuales, la “conciencia del tiempo profundo de la no-vida”, ese “tiempo espeso” de Revueltas, implica también bregar con la presencia de un “espacio profundo” que abarca desde la existencia de un sinnúmero de planetas hasta la huella misma de una piedra (48). Sin embargo, solo aparecen como murmullos o ausencias presentes las intervenciones y acercamientos de perspectivas indígenas de pueblos originarios, cuyas onto-epistemologías no centran ni la visión ni perspectiva humana sino

que siempre se plantean como co-dependientes y recíprocas de otros seres y entes animados e inanimados en los territorios que habitamos y e incluso más allá.

Escrituras geológicas es en sí un ejercicio y una invitación para explorar, auscultar y excavar esos palimpsestos y sedimentos textuales que nos obligan a descentrar la perspectiva humana, a repensar la inmediatez y urgencia de la crisis colonial ecológica y a replantearnos material y corporalmente nuestra relación con el tiempo para pensar otros modos de escribir, imaginar y acuerpar mundos más justos. En últimas, se vislumbran, y por medio de la lectura se imaginan y experimentan, otros modos de reclamar justicia, de materializar formas de relacionarnos y estar-en-común más allá de la acumulación y la rapiña, y de habitar territorios a partir de la desposesión, desapropiación y desedimentación.